



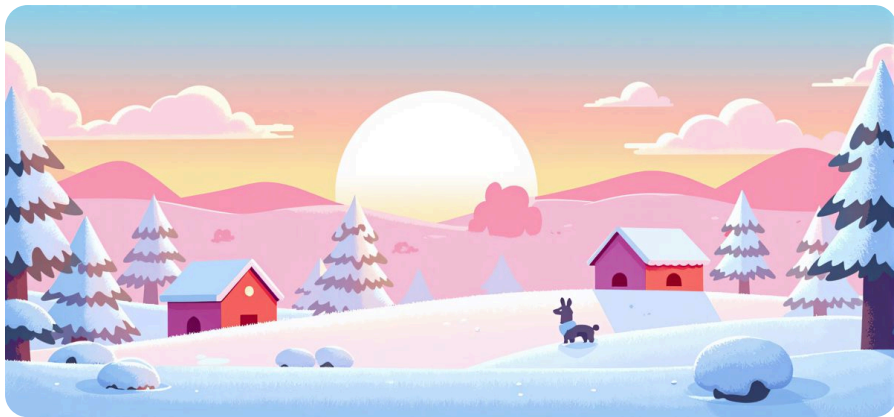
Cuento De Navidad

● Desde 6 años ⌚ 18 minutos en voz alta



Un cuento de Luna Lunera

● Una Fría Víspera de Navidad



Era la víspera de Navidad, en un frío día de invierno. La nieve caía suavemente sobre las calles de Londres, cubriendo los tejados y las ventanas con un manto blanco. Las familias se preparaban para celebrar la Navidad, encendiendo chimeneas y decorando sus hogares con acebo y muérdago. Pero no todos compartían el espíritu navideño.

El viejo y tacaño Ebenezer Scrooge estaba en su helada oficina, contando sus monedas con dedos temblorosos por el frío. A pesar de tener mucho dinero, se negaba a gastar ni un penique en calentar su lugar de trabajo. El carbón para la estufa era demasiado caro, decía siempre con un gruñido.



El joven Bob Cratchit trabajaba allí largas horas por muy poco dinero. Sentado en su pequeño escritorio, tiritaba de frío mientras copiaba cartas y documentos con sus manos entumecidas. A pesar de todo, Bob nunca se quejaba. Pensaba en su familia, en su esposa y en sus queridos hijos que lo esperaban en casa, especialmente en el pequeño Tiny Tim.

—Supongo que querrás librar mañana —dijo Scrooge con voz áspera, sin levantar la vista de sus libros de contabilidad.

—Sí, por favor, señor. Es el día de Navidad —respondió Bob tímidamente, sabiendo que su jefe detestaba cualquier tipo de celebración.

—¡Bah, paparruchas! —exclamó Scrooge, golpeando su escritorio con el puño—. Eso significa que te estaré

pagando aunque no trabajes. ¡Es como si me estuvieras robando un día de salario! —protestó Scrooge, ajustándose su bufanda raída—. Está bien, podrás tomarte la tarde libre, pero tendrás que empezar tres horas antes al día siguiente para compensar el tiempo perdido.

Bob asintió agradecido, sin atreverse a discutir. Sabía que era inútil razonar con Scrooge cuando se trataba de dinero o de festividades.

El Rechazo a la Caridad



Al salir de la oficina aquella noche, cuando las campanas de la iglesia comenzaban a repicar anunciando la víspera de Navidad, dos caballeros bien vestidos estaban en la puerta. Llevaban cuadernos y recogían dinero para ayudar a los

pobres y desamparados que no tenían qué comer ni dónde refugiarse del frío invernal.

—Buenas noches, señor Scrooge —dijeron cortésmente—. En esta época de alegría y generosidad, estamos recaudando fondos para proporcionar comida y abrigo a quienes no tienen nada. ¿Sería usted tan amable de hacer una donación?

—¿Dar mi dinero? —gruñó el viejo y tacaño Scrooge, mirándolos con desdén—. ¿Acaso no existen las prisiones y los asilos para pobres? ¡Que vayan allí! Yo ya pago suficientes impuestos. ¡Bah! ¡Déjenme en paz!

Los dos caballeros se alejaron tristemente, murmurando sobre el corazón de piedra de Scrooge.

La Noche de los Espíritus



Esa noche, Scrooge se fue a su casa solitaria, una mansión grande y oscura donde vivía completamente solo. Cenó su habitual cuenco de gachas frías, sin gastar un centavo extra en algo más sustancioso, y se fue a la cama temprano para ahorrar en velas.

Se quedó profundamente dormido bajo sus mantas raídas, soñando con sus libros de cuentas y sus ganancias.

De repente, en medio de la oscuridad de la noche, oyó una voz extraña y etérea que parecía venir de las paredes mismas de su habitación.



—Ebenezer Scrooge... —susurró la voz, haciendo que las cortinas se movieran sin que hubiera viento.

Scrooge se incorporó en la cama, frotándose los ojos. Ante él apareció una figura luminosa, envuelta en una luz suave y resplandeciente que iluminaba toda la habitación.

—Soy el Fantasma de las Navidades Pasadas —dijo la voz con tono melancólico—. He venido para mostrarte quién fuiste alguna vez. Ven conmigo, Ebenezer. No tengas miedo.

El espíritu extendió su mano translúcida hacia Scrooge, quien, aunque temblaba de miedo, sintió una curiosidad irresistible.

Recuerdos de Inocencia



Entonces Scrooge pareció viajar atrás en el tiempo, como si estuviera flotando a través de los años. De repente se encontró en una escena familiar pero olvidada. Se vio a sí mismo de niño, un pequeño alegre de mejillas rosadas, jugando con otros niños en una casa llena de alegría navideña.

Todos reían y corrían alrededor de un magnífico árbol de Navidad decorado con velas brillantes, guirnaldas relucientes y estrellas doradas. Había regalos envueltos en papeles de colores, y el aire olía a canela y a pan recién horneado.

—¡Mira cuán feliz eras! —dijo el Fantasma—. Conocías la alegría, la inocencia, el amor. ¿Qué pasó con ese niño, Ebenezer?

Scrooge sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos al ver aquella escena perdida. Había olvidado completamente cuán diferente había sido su vida antes de que la avaricia se apoderara de su corazón.

El Amor Perdido



Después, Scrooge estaba en otro lugar y en otro tiempo. Era mayor ahora, un joven adulto, y estaba sentado junto a una hermosa joven llamada Belle. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Estoy triste, Ebenezer —dijo Belle con voz quebrada—. Hubo un tiempo en que me amabas, cuando éramos jóvenes y soñábamos con un futuro juntos. Pero ahora quieres más al dinero que a mí. Tu corazón se ha endurecido. Has cambiado tanto que ya no te reconozco.

—Belle, yo... —intentó hablar Scrooge, pero las palabras no salían.

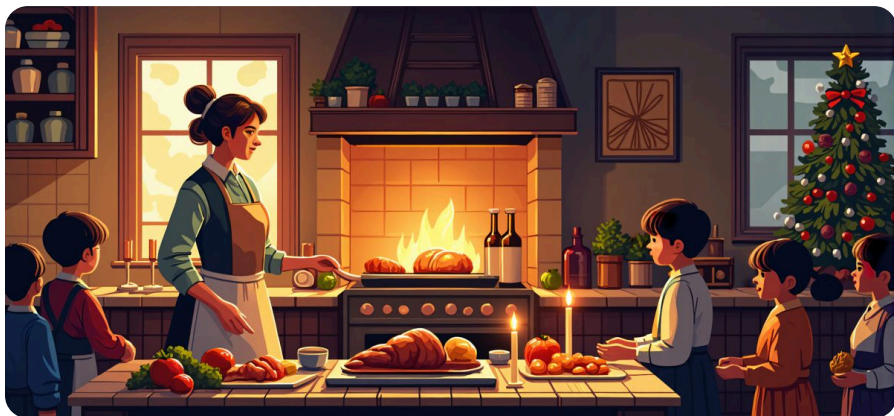
—Por favor, vete y no vuelvas nunca más —dijo ella, apartando la mirada—. Busca tu fortuna, pero sin mí. Yo quiero un hogar lleno de amor, no de oro.

Luego, la escena cambió de nuevo. Scrooge vio a una familia feliz celebrando la Navidad alrededor de una mesa abundante. Reconoció a Belle, ahora más mayor. Estaba casada y rodeada de niños risueños que la abrazaban con cariño. La casa estaba llena de risas, música y amor.

Scrooge se sintió profundamente angustiado, comprendiendo todo lo que había perdido por su obsesión con el dinero. Pero cuando abrió los ojos, estaba de nuevo

en su cama fría y solitaria. Estaba tan cansado y abrumado por las emociones que se volvió a dormir enseguida.

El Presente Revelado



Entonces oyó otra voz distinta, más alegre y potente que la anterior.

—¡Soy el Fantasma de las Navidades Presentes! Ven conmigo, Scrooge. Abre los ojos a lo que sucede ahora mismo, en este mismo momento de Navidad.

De repente, Scrooge estaba mirando desde fuera la modesta casa de Bob Cratchit. A través de la ventana podía ver la cocina, donde la señora Cratchit preparaba con esmero la cena de Navidad. A pesar de sus escasos recursos, había logrado preparar un pequeño ganso y algunas verduras.

Sus hijos corrían y jugaban felices alrededor de la mesa, ayudando a poner los cubiertos y decorando con ramitas de pino que habían recogido. La casa era humilde, pero estaba llena de calidez y amor familiar.

Entonces llegó Bob Cratchit con su pequeño hijo, Tiny Tim, sobre los hombros. El niño llevaba una pequeña muleta de madera y una férula en su pierna. Tiny Tim estaba pálido y no parecía muy bien de salud, pero sonreía con alegría al ver el árbol de Navidad que sus hermanos habían decorado.

Luego, la familia se sentó a la mesa. Los Cratchit eran muy pobres, así que no había mucha comida para la cena de Navidad. El ganso era pequeño y las porciones modestas. Pero todos estaban felices porque era Navidad, porque estaban juntos, porque se tenían los unos a los otros.

—¡Feliz Navidad a todos! —dijo Bob, levantando su copa de agua—. Que Dios nos bendiga a todos.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —repitió el pequeño Tiny Tim con su voz dulce y débil.

El pequeño Tiny Tim apenas comió nada, el pobrecillo. Estaba demasiado débil. Bob le sostuvo la mano con ternura, mirándolo con preocupación paternal.

—Ojalá se ponga bien —dijo Scrooge, sintiendo una punzada de preocupación y culpa en su pecho—. Es solo un niño inocente.

—Si las cosas no cambian en el futuro —respondió la voz del Fantasma con gravedad—, si no recibe mejor alimentación y cuidados médicos, estará muy, muy enfermo. Morirá antes de la próxima Navidad.

Esto entristeció profundamente a Scrooge, quien comprendió que su tacañería con el salario de Bob estaba contribuyendo al sufrimiento de esa familia.

Visiones del Futuro Sombrio



Justo entonces, escuchó otra voz, esta vez más oscura y ominosa.

—Soy el Fantasma de las Navidades Futuras —dijo la voz sin rostro, envuelta en sombras—. Ven y observa lo que será si no cambias tu camino.

Scrooge pareció viajar por las nevadas calles hasta la casa de Bob Cratchit en un tiempo futuro. La atmósfera era completamente diferente. No había alegría, no había risas.

La madre y los niños estaban sentados junto al fuego, pero sus rostros estaban demacrados y tristes. Había un lugar vacío junto a la chimenea, donde solía sentarse Tiny Tim. Los juguetes del niño yacían abandonados en un rincón.

—¿Cómo estaba hoy en el hospital? —preguntó la señora Cratchit con voz temblorosa, secándose las lágrimas con su delantal.

—Me sonrió cuando fui a visitarlo —dijo Bob con voz rota—, pero sigue muy enfermo. Los médicos dicen que... que no hay mucho más que puedan hacer sin los tratamientos que no podemos pagar.

La escena se oscureció y Scrooge vio una pequeña tumba en un cementerio cubierto de nieve. La lápida tenía grabado un nombre: Timothy Cratchit.

—¡No! —gritó Scrooge—. ¡Esto no puede ser! ¡Es solo un niño! ¿Puedo cambiar esto? ¡Dime que puedo cambiar esto!

Un Nuevo Amanecer



De repente, Scrooge se despertó sobresaltado. Su corazón latía con fuerza. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en su propio dormitorio. La luz del sol entraba por la ventana. Ya era de mañana.

—¡He estado soñando, pero qué sueño tan extraordinario! Me ha enseñado cuáles son las cosas más importantes de la vida —pensó Scrooge, saltando de la cama con una energía que no había sentido en años—. ¡La familia! ¡La bondad! ¡La generosidad! ¡Eso es lo que importa!

Bajó corriendo las escaleras, casi tropezando en su entusiasmo, y abrió la puerta de par en par. El aire frío de la mañana le golpeó el rostro, pero no le importó.

—¿Qué día es hoy? —preguntó a un muchacho que pasaba por la calle con una bufanda roja.

—¡Pues Navidad, claro! —respondió el chico, mirándolo con extrañeza.

—¡Menos mal que no me lo he perdido! —exclamó Scrooge con júbilo—. ¡Todavía hay tiempo! Por favor, muchacho, ve corriendo a la tienda del señor Henderson y compra el pavo más grande que encuentres. ¡El más grande y hermoso! Llévaselo a la casa de Bob Cratchit en Camden Town. ¡Aquí tienes una moneda de oro! ¡Y otra más si vuelves en menos de media hora!

El niño salió corriendo, incrédulo ante su buena fortuna.



Generosidad Redescubierta

Luego Scrooge salió a la calle, saludando a todos los transeúntes con entusiasmo. Se encontró con las dos personas que estaban recogiendo dinero para los pobres el día anterior.

—¡Buenos señores! —los llamó, acercándose apresuradamente.

Los hombres lo miraron con recelo, recordando su grosería del día anterior.

Scrooge metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de monedas de oro que brillaban bajo el sol invernal.

—Ayer fui terriblemente grosero con vosotros, y lo siento mucho de corazón —dijo con sinceridad—. Espero que esto ayude a muchas familias a tener una Navidad digna. Volved a mi oficina mañana y habrá más, mucho más. ¡Os prometo que seré el más generoso donante que hayáis conocido! ¡Feliz Navidad, caballeros!

Los dos hombres se quedaron boquiabiertos, pero aceptaron agradecidos la generosa donación.

La Transformación Completa



El día siguiente, en la oficina, Bob Cratchit llegó tarde. Había estado celebrando con su familia el milagroso pavo que un niño les había traído la noche anterior, sin saber de dónde venía.

—Llegas tarde, Bob —dijo Scrooge con tono severo.

—Lo siento muchísimo, señor —respondió Bob, temblando, esperando un castigo—. No volverá a suceder.

—Tienes razón en que no volverá a suceder —dijo Scrooge, y luego su rostro se iluminó con una sonrisa—. ¡Porque a partir de ahora tendrás un horario más razonable! Tómame el resto del día libre para estar con tu familia. ¡No, mejor aún, tómame el resto de la semana libre! Y a partir de ahora voy a duplicarte el sueldo cada semana. Además, vamos a conseguir los mejores médicos para el pequeño Tiny Tim. ¡Feliz Navidad, Bob!

Bob Cratchit no se lo podía creer. Se frotó los ojos pensando que estaba soñando. Le dio las gracias efusivamente a Scrooge, estrechando su mano con lágrimas de alegría, y corrió a casa para contarle a su familia la increíble buena noticia.



Una Vida Transformada

Aquellos sueños convirtieron a Scrooge en una persona mucho mejor. Aprendió que lo verdaderamente importante en la vida es la familia, los amigos, la bondad hacia los demás y la generosidad del corazón. El dinero solo tiene valor cuando se usa para ayudar y traer felicidad a otros.

Gracias a Dios y a la mejor atención médica que Scrooge pagó generosamente, Tiny Tim se recuperó completamente y creció sano y feliz. Scrooge se convirtió en un gran amigo de toda la familia Cratchit, visitándolos frecuentemente y siendo como un segundo abuelo para los niños.

A partir de entonces, Scrooge siempre organizaba las mejores y más felices fiestas de Navidad, invitando a pobres y ricos por igual. Su casa, antes fría y vacía, se llenó de risas, música y amor. La gente del pueblo decía que nadie comprendía mejor el verdadero espíritu de la Navidad que el señor Scrooge.

Y cada año, cuando llegaba la Navidad, Tiny Tim decía con su dulce voz:

—¡Que Dios nos bendiga a todos!

Moraleja: Nunca es demasiado tarde para cambiar y ser una mejor persona. La verdadera riqueza no se mide en oro, sino en el amor que compartimos y la bondad que mostramos a los demás. El espíritu de la Navidad nos enseña que dar es más importante que recibir, y que un corazón generoso es el mayor tesoro de todos.



Fin

Dulces sueños.



Más cuentos para leer en voz alta en

lunalunera.org



Este cuento en la web, también en vídeo

© 2026 Luna Lunera. Contenidos bajo licencia CC BY-NC 4.0